

desciende de arriba, sino que nace de la tierra al soplo de los instintos brutales de la carne, el apóstol Santiago la llamó sabiduría SATÁNICA, y aun SATANISMO. *Non est ista sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, DIABOLICA* (Jac., XIV).

En estos últimos tiempos nadie sospechaba que el LIBRO depositario de los oráculos de la verdadera religion, lo fuese tambien de los principios de toda ciencia y de toda filosofía. Los sabios no vieron, pues, en las graves palabras referidas del príncipe de los moralistas cristianos más que un grito de reprobacion, un anatema religioso contra la sabiduría profana, más bien que una apreciacion filosófica de su naturaleza y una de las condiciones esenciales de su importancia; no hicieron caso de ellas, y las dejaron á la explotacion de los teólogos y de los predicadores. Sin embargo, ellas forman la distincion más exacta y más completa de la filosofía pagana. Quien dice *satanismo*, dice odio, desprecio del hombre, intento, rabia, furor por degradar al hombre, por perder, arrastrándola por el lodo, á esta noble criatura y hacerla abominable á los ojos de Dios y á los suyos propios. Igualmente, quien dice *Cristianismo*, dice amor y respeto al hombre, resolucion, prisa para elevar al hombre en su propia estimacion, para perfeccionarle, ennoblecerle, educarle y hacerle objeto de la complacencia y de las delicias de Dios; *et deliciae meae esse cum filiis hominum* (Prov., VIII, 31). Toda filosofía, pues, contraria á la grandeza del hombre es, por esta misma causa, esencialmente infernal, diabólica, es una manifestacion del odio de Satanás y un soplo envenenado de su espíritu. Al contrario, toda filosofía que tienda á elevar al hombre es, por esta misma razon, una filosofía celeste, cristiana, un rayo de la luz de Dios, un eco de su palabra, una inspiracion de su amor. Ahora bien, por su sola hi-

pótesis sobre el origen y la condicion primitiva del hombre, la filosofía pagana, antigua y moderna, es, como se ve (*Préambulos*, § 1), la degradacion del hombre.

Verdad es que dicha filosofía se exalta muchas veces hasta el punto de hacer de un hombre un dios; pero como este dios no es para ella una creacion de Dios, sino obra del concurso fortuito de los átomos ó de la fermentacion de la materia, y ha salido como un hongo de las entrañas de la tierra, *cum prorepererunt primis animalia terris*, este dios estraño es, real y verdaderamente, un sér muy inferior al bruto. Así, pues, la filosofía pagana ensalza al hombre desmedidamente para envilecerlo más, le eleva hasta la altura de Dios para dejarlo caer más abajo de los insectos y de la yerba, y á su enseñanza y pérfidas sugerencias debe atribuirse especialmente la horrible bajeza en que cayeron, segun san Pablo (*Rom. I*), los antiguos filósofos, y que el profeta deplora en estos términos: « El hombre, habiendo sido colocado en un punto superior en la gerarquía de los séres, no ha querido comprender la grandeza de su dignidad; ha renunciado voluntariamente á ella para participar de la condicion de los más estúpidos brutos, y se ha convertido él mismo en un verdadero bruto. *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* » (*Psalm. XLVIII, 13.*) Hé ahí, pues, la filosofía pagana, antigua y moderna, convencida de ser verdaderamente diabólica, y á Santiago plenamente justificado.

Al contrario, por las doctrinas que acabamos de conocer sobre el origen del hombre, de su entendimiento, de su razon y de sus conocimientos, la filosofía cristiana es la glorificacion del hombre. Verdad es que ésta le coloca bajo la dependencia de Dios, á quien se lo debe todo y á quien de todo debe dar cuenta. Pero depender

únicamente de Dios, es lo mismo que ser independiente de todo lo que no es Dios. Servir á Dios, y no servir más que á Él, es reinar; tener sólo á Dios por padre, institutor y maestro, es para el hombre el colmo de la nobleza y de la gloria. Por consiguiente, la filosofía cristiana no rebaja al hombre, no le *humilla bajo la mano omnipotente del Señor*, más que para elevarle hasta convertirlo en pariente, en aliado, en hijo amado de Dios; hace algo de angélico de este hombre, de quien la sabiduría profana sólo hace un bestia, y le atrae siempre y en todas partes á su verdadera grandeza, que el mismo profeta habia celebrado en estas líneas: « Señor, ¿qué es el hombre para que os digneis Vos acordaros de él? ¿Qué es el hijo del hombre, para que os digneis visitarle? Es el sér privilegiado á quien, aun dándole una naturaleza un poco inferior á la de los ángeles, habeis revestido de un honor y de una gloria de que los ángeles no participaron, puesto que le habeis coronado rey de las obras de vuestras manos. Todo lo habeis puesto á sus plantas: los bueyes y las ovejas y los cuadrúpedos de la tierra, así como los pájaros del cielo y los peces del mar y cuanto cruza el mar en todas direcciones. ¡Oh Señor, oh Señor nuestro, cuán admirable habeis hecho de este modo vuestro nombre en toda la tierra!»

« Domine, quid et homo, quod memor es ejus; aut filius hominis, quoniam visitas eum? Minuisti eum paulo minus ab angelis, gloria et honore coronasti eum; constituisti eum super omnia opera manuum tuarum, subjecisti sub pedibus ejus oves et boves, universi pecora campi; volucres cæli et pisces maris, qui perambulant semitas maris. Domine, Dominus noster, quam admirabile et nomen tuum in universa terra!» (Psalm. VIII, 5.)

Hé ahí, pues, la filosofía cristiana, anunciándose como una fi-

losofía *divina*, y por tanto la única filosofía verdadera, digna de este nombre. Tal es la filosofía que nuestros lectores van á estudiar en este curso, pudiendo considerarse dichosos de haberse convencido de ello desde el principio.

Respecto de los conocimientos filosóficos y políticos del primer hombre, es igualmente cierto, segun la misma Escritura, que serán tan profundos y tan completos como sus conocimientos teológicos, morales y religiosos. Pues la Escritura nos dice que habiendo sido creado el hombre y colocado en el paraíso de delicias, Dios condujo á sus piés, como al nuevo rey de la creación, todos los séres vivos, todas las bestias de la tierra, todos los volátiles del cielo, y le encargó de darles el nombre que debian llevar, lo cual ejecutó Adam en el instante mismo, y todo lo que vive ha llevado despues el mismo nombre que Adam le puso: « *Adduxit Dominus Deus cuncta animantia ad Adam, ut videret qui vocaret ea, appelleretque Adam nominibus suis cuncta animantia et universa volatilia cæli et omnes bestias terræ. Omne enim quod vocavit Adam animæ viventis, ipsum est nomen ejus.* » (Genes, II.)

Ahora bien: los nombres, dice santo Tomás á propósito de esto, deben convenir á la naturaleza de las cosas á que se aplican, ó lo que es lo mismo, el nombre debe espresar la naturaleza de la cosa y ser su definicion contenida en una palabra. Es, por tanto, imposible dar á una cosa su nombre propio, sin conocer su naturaleza y propiedades esenciales; pero sabemos por el *Génesis* que Adam puso á todos los animales su propio nombre, su nombre verdadero, espresando exactamente su naturaleza y su especie. Es, pues, cierto que Adam conoció la naturaleza de todos los animales y con más motivo la de todos los séres, y la del hombre mismo, su príncipe y rey. Y conocer la naturaleza de las cosas, es poseer

la ciencia, ó la filosofía de ellas. Adam tuvo, pues, la ciencia entera, completa, ó la filosofía de todas las cosas (1).

«En el orden natural, dice también santo Tomás, lo perfecto precede siempre á lo imperfecto. Porque las cosas *primitivas* fueron hechas por Dios, no sólo para que pudieran ser en sí mismas, sino también para que pudieran ser principio de otras cosas. Pero no pueden ellas ser principios de otras, sino á condición de que, además de ser producidas en un estado perfecto, sean ellas mismas perfectas. Ahora bien, el hombre puede ser principio de otros hombres, no sólo por la vía de la *generacion*, sino también por medio del *gobierno*. Por consiguiente, así como el primer hombre fué creado en un estado perfecto en lo que respecta á su cuerpo, de manera que pudiese en seguida engendrar otros hombres, así también fué instituido perfecto relativamente al alma, de modo que pudiese en seguida instruir y gobernar á los que hubiese engendrado. Nadie puede instruir á los demás, si él mismo no posee la ciencia. El primer hombre fué, pues, formado por Dios de manera que poseyese en sí desde el primer instante la ciencia de todas las cosas que todo hombre es capaz de aprender, es decir, todos los conocimientos que se hallan virtualmente contenidos en los primeros principios conocidos por sí, ó todas las cosas que el hombre puede naturalmente conocer (2).

(1) «Adam imposuit nomina animalibus, ut dicitur *Génesi*, II. Nomina autem debent naturis rerum congruere. Ergo Adam scivit naturas omnium animalium, et pari ratione habuit omnium aliorum scientiam.» (1 P., Q. 94, Art. 3.)

(2) «Naturali ordine perfectum præcedit imperfectum. Quia res primitivæ a Deo institutæ sunt, non solum ut in se ipsis essent, sed etiam ut essent aliorum principia: ideo productæ sunt in statu perfecto in quo possunt esse principia aliorum. Homo autem potest esse principium alterius non solum per generationem corporalem, sed etiam per *instructionem* et *gubernatio-*

En cuanto al gobierno de la vida propia y de la de los demás, continúa santo Tomás, exige el conocimiento, no sólo de todas las cosas que se pueden conocer naturalmente, sino también de las que esceden al conocimiento natural, porque la vida del hombre está dispuesta para cierto fin sobrenatural. Así, pues, para gobernar la vida de los demás, se debe necesariamente saber las cosas del orden sobrenatural, así como para gobernar uno su propia vida debe necesariamente saber las cosas de la fe. Es necesario, por tanto, convenir en que el primer hombre recibió el conocimiento completo de esas cosas sobrenaturales, que le era necesario para gobernar la vida de la humanidad, aun en sus relaciones con el estado sobrenatural que le ha sido asignado.

Las únicas cosas que no fueron reveladas al primer hombre son las que todo hombre puede conocer ahora por su propio estudio; son también los pensamientos de los demás hombres, los futuros contingentes y ciertas singularidades, como por ejemplo, cuántas piedras hay en el fondo de un río, y otros muchos conocimientos de igual naturaleza; pues tales conocimientos no son necesarios en manera alguna para gobernar bien su propia vida y la de los demás.

De esta sólida y bella argumentación del Doctor angélico resulta: 1.º que puesto que el hombre no ha sido creado como podía serlo, en el estado de pura naturaleza, sino en el de la integridad y la justicia original para un fin *sobrenatural*, y este fin

»nem. Et ideo sicut primus homo institutus est in statu perfecto quantum ad corpus, ut statim posset generare; ita etiam institutus est in statu perfecto quantum ad animam, ut statim posset alios instruere et gubernare. Non potest autem aliquis instruere nisi habeat scientiam. Et ideo primus homo sic institutus est a Deo ut haberet omnium scientiam in quibus homo natus est instrui. Et hæc sunt omnia illa quæ virtualiter existunt in primis principiis pariendis quæcumque scilicet naturaliter homines cognoscere possunt.» (1 P., Q. 94, Art. 3.)

sobrenatural se ha convertido en su naturaleza *actual* ó su fin natural, los conocimientos del orden sobrenatural le son absolutamente necesarios, para poder gobernar su vida segun su naturaleza *actual*, segun su fin natural, que por un don especial de Dios, es completamente sobrenatural por su fin y por sus medios: *Eo quod vita hominis ordinatur ad quemdam finem supernaturalem*; 2.º que estos conocimientos del orden sobrenatural tan necesarios al hombre para vivir segun su naturaleza *actual*, no podian provenir de su propia razon: porque, ¿cómo la razon le hubiera dicho cosas que esceden al conocimiento *natural* de la razon? *Cognitio eorum quæ naturalem cognitionem excedunt*; 3.º que no pudiendo aprender en su propia escuela ni en la de otros hombres que no existian ántes de él, el primer hombre debió conocer, por una revelacion directa de Dios, el orden sobrenatural, el orden de fe, y recibió inmediatamente de Dios el conocimiento de todas las verdades religiosas y morales que los demás hombres reciben de sus padres ó de sus preceptores; y que, como Dios fué su Padre que le dió por creacion la vida física que los demás hombres reciben por la generacion, Dios fué su catequista, su primer preceptor, que le dió, por revelacion, la vida espiritual que los demás hombres reciben por instruccion; y 4.º, en fin, que así como sólo el Dios que lo sabe todo pudo instruir al primer hombre en todo lo que debia saber para gobernar su propia vida, así tambien, sólo el hombre, á quien Dios le habia dicho todo, pudo instruir á todos los demás hombres en todo lo que debian saber para gobernar su propia vida; en una palabra, el primer hombre tuvo y debió tener la ciencia entera, completa, perfecta de toda verdad, ó conocer científicamente la religion, la filosofia, el derecho público.

En efecto, el más antiguo, el más auténtico de todos los libros, independientemente de la inspiracion divina, cuyos caracteres lleva, el LIBRO por excelencia, la BIBLIA, principia con estas palabras la historia del universo: EN EL PRINCIPIO DIOS CREÓ EL CIELO Y LA TIERRA. *In principio creavit Deus cælum et terram.* (*Génes.*, 1.)

Ahora bien: ¿Qué PRINCIPIO es ese *en el cual* Dios lo habia creado todo? Si no es EL QUE, hablando de sí mismo, dice á los judíos en el Evangelio: «Yo soy el PRINCIPIO que os habla; *PRINCIPIUM et qui loquor vobis*» (*Joan.*, VIII), y el que dice tambien en el Apocalipsi: «Yo soy el primero y el último, el PRINCIPIO y el fin. *Ego sum primus et novissimus, PRINCIPIUM et finis.*» (*Ap.*, XXII.) Al decirnos, pues, que Dios crió EN EL PRINCIPIO el cielo y la tierra, la Sagrada Escritura ha querido decirnos, segun los grandes Doctores de la Iglesia san Basilio, san Ambrosio y san Agustin, que Dios lo ha hecho todo en SU HIJO, *in principio, id est in Filio.* (*Ap. a Lapid.*, in I *Génes.*)

Esta interpretacion está conforme con la Escritura misma, pues san Pablo ha dicho: «La universalidad de las cosas visibles é invisibles en el cielo y en la tierra, ha sido hecha en el Verbo». Y san Juan dice tambien: «Todo ha sido hecho por el Verbo, y sin el Verbo nada ha sido hecho de lo que está hecho. *In ipso condita sunt omnia, in cælis et in terra, visibilia et invisibilia* (*Colos.*, I), *omnia per Ipsum facta sunt; et sine Ipso factum est nihil quod factum est.*» (*Joan.*, 1.)

Verdad es que, segun otros intérpretes, las palabras *in principio* del *Génesis* significan *al principio*, é indican que Dios *principió* por la creacion del cielo y de la tierra la serie de sus operaciones *ad extra*. Pero este sentido literal no escluye el otro, el

sentido misterioso y alegórico del mismo pasaje. Porque sabido es que es propio de la Escritura, de este libro único, porque es el único divino, comprender muchos sentidos bajo las mismas palabras y presentar estos sentidos como si todos hubiesen estado en la intencion de la Sagrada Escritura, ó al ménos del Espíritu Santo que la inspiró.

Si Dios no ha hecho el mundo DE UN principio, sino EN EL PRINCIPIO, en su Verbo, en su Hijo, no lo ha hecho de una manera preexistente, sino de la nada, en el poder de su palabra.

Si Dios lo ha hecho *todo* en su Verbo, no ha hecho este mismo Verbo; de otro modo, como argumenta san Agustin, Dios hubiera necesitado de otro Verbo para hacer este Verbo, puesto que *lo ha hecho todo por el Verbo, y que nada de lo hecho ha sido hecho sin el Verbo*. Dios tiene, pues, un Verbo, no creado por Él, sino nacido de Él, en Él, consustancial con Él.

Si Dios lo ha hecho todo de la nada y en el Verbo-principio, Dios tiene en este Verbo una causa tan poderosa como Él mismo, y coeterna á Él. Sólo que como Dios no debía hacer nada sino en el Verbo, este Verbo no es en Él más que causa *ejemplar*, causa *arquetipo*, causa-idea, de todo lo que Dios ha hecho y de que debía ser *causa especial*.

Pero toda causa *ejemplar segun* la cual se hace una cosa cualquiera, necesariamente supone no sólo una causa eficiente que haga la cosa, sino tambien una causa *final* que disponga convenientemente la cosa para un fin determinado, para un fin. Así, pues, el Verbo, *causa ejemplar*, ó SABIDURÍA, supone en Dios, no sólo un Padre *causa eficiente* ó POTENCIA, sino tambien un espíritu, *causa final* ó AMOR que coordine mutuamente las cosas y sus relaciones. Hé aquí por qué en el mismo pasaje en que la Escritura nos habla

del PRINCIPIO en el cual Dios creó el cielo y la tierra, nos habla tambien del ESPÍRITU DEL SEÑOR CERNIÉNDOSE SOBRE LAS AGUAS, *et spiritus Domini ferebatur super aquas* (Genes., 1), así como (dice san Agustin) la voluntad del arquitecto se pasea sobre los materiales con que pretende formar su edificio, *sicut superfertur rati fabricando voluntas fabri*. De este modo en la primera palabra colocada á la cabeza de la Escritura, en esa PALABRA por excelencia, en esa PALABRA-PRINCIPIO, en esa PALABRA *hipostasis*, en esa PALABRA *persona*, conocemos las demás *hipostasis* (1), las demás Personas divinas; conocemos á Dios y sus principales atributos; y así se cumple el profundo oráculo pronunciado por el Hijo de Dios mismo: «El que me ve, ve tambien en Mí á mi Padre; *qui videt me, videt et Patrem meum.*» (Joan.)

Ahora bien: aun cuando no se admitiese la hipótesis seguida por muchos intérpretes ilustres, de que Moisés redactó la historia de la creacion con arreglo á notas escritas anteriores á él, y se le considerase el *primero* de los escritores sagrados, es indudable que si Moisés fué el primero *que escribió* tan magnífica y sublime historia, no fué el primero *que la conoció*. Divinamente infalible en tanto que no pudo intercalar error alguno en lo que escribió, y profeta inspirado *inmediatamente* por Dios, respecto de las leyes y del gobierno particular del pueblo hebreo y de los acontecimientos futuros de este pueblo, sin embargo, en cuanto á los aconteci-

(1) Los intérpretes observan tambien que, en el testo hebreo, en vez de *Deus creavit*, DIOS CREÓ, se dice: *Heloim bara*, LOS DIOSSES CREÓ; y que nada hay que mejor concuerde que esta discordancia: porque la palabra *Heloim*, LOS DIOSSES, en plural, indica la pluralidad de las Personas; y la palabra *bara*, CREÓ, en singular, recuerda la unidad de la esencia divina. Hé ahí por qué los Padres de la Iglesia, los doctores y un concilio general han reconocido, en los dos primeros versículos de la *Biblia*, la primera revelacion del augusto misterio de la Santísima Trinidad.

mientos *pasados*, relativos á los antiguos patriarcas, y con mayor motivo en cuanto á la historia de la creacion del mundo, igualmente que al Decálogo y á los dogmas generales de la religion, los tomó en la tradicion que de ellos se habia conservado pura y entera en la raza de Sem y de Abraham. Esta tradicion, causa de la longevidad de los patriarcas antediluvianos, sólo pasó por la boca de un reducido número de individuos, llegando fresca hasta Moisés. De manera que si Moisés fué el primero que fijó por la Escritura esta infalible é inefable historia, estos dogmas y estas leyes, no fué el primero que recibió la revelacion de ellos. Esta revelacion fué hecha por primera vez al primer padre del género humano, á Adam, y de él la recibieron sus descendientes hasta Moisés, que formó con ella el primer capítulo del depósito de los oráculos divinos de la *Biblia*. Hé ahí, pues, al primer hombre instruido inmediatamente por el mismo Dios en el misterio de la unidad de Dios y de la pluralidad de Personas en Dios, en los atributos de Dios, en todo lo concerniente á Dios en el Verbo y por el Verbo de Dios.

Segun la misma Escritura, al volver del éxtasis durante el cual la primera mujer habia sido sacada de su costilla, Adam exclamó: «Hé aquí un hueso de mis huesos, y una carne de mi carne...» Por esto el hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne: *Hoc nunc os de ossibus meis, et caro de carne mea; quamobrem relinquet homo patrem et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una.*» (*Genes.*, II.)

Y al espresarse así, en una circunstancia tan solemne, Adam, segun san Pablo, habló como profeta á quien Dios acababa de revelar grandes y sublimes misterios. En la formacion de Eva, de una de sus costillas durante su sueño, Adam conoció el inefable

misterio de la Iglesia, que debia nacer un dia del costado traspasado de Jesucristo durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, y de todos los cristianos convertidos en miembros de su divino cuerpo, carne de su carne y hueso de sus huesos. Conoció tambien el misterio de bondad por el cual el Verbo eterno debia, en cierto modo, abandonar á Dios, su Padre celeste, y á su madre terrestre, la sinagoga, para unirse á la Iglesia. De manera que el matrimonio cristiano *uno é indisoluble*, no es, siempre segun san Pablo, un gran sacramento, sino porque, desde el origen del mundo, Dios hizo de él la figura y la profecía viva de la union *una é indisoluble* del Verbo encarnado con la Iglesia: «*Membra sumus corporis ejus, de carne ejus et de ossibus ejus. Propter hoc relinquet homo patrem et matrem suam, et adhærebit uxori suæ et erunt duo in carne una.* SACRAMENTUM HOC MAGNUM EST; ego autem dico IN CHRISTO ET IN ECCLESIA.» (*Ephes.*, V.) Es, pues, indudable segun la misma Escritura, que Adam tuvo el conocimiento no sólo de la generacion eterna del Verbo, sino tambien de su encarnacion; no sólo de la creacion del mundo por el Verbo-Dios, sino tambien del establecimiento de la Iglesia por el Verbo hecho hombre, y por consiguiente, de los más graves misterios de la religion. Hé aquí cómo, al explicar estos dos pasajes, uno del *Génesis*, y otro de san Pablo, el gran santo Tomás argumenta sobre el particular:

Todo aquello por lo cual el hombre llega á la beatitud ó bienaventuranza, pertenece propiamente y por sí al objeto de la fe. Y en las actas se dice: «Que el nombre de Jesucristo es el único nombre que el cielo ha dado á los hombres por el cual podemos ser salvados». El misterio de la Encarnacion y de la Pasion de Jesucristo es, pues, la única via por la cual pueden los hombres